

Guantánamo, golpe de timón

Manuel Camacho Solís

Hasta su toma de posesión, todo en la carrera de Obama ha sido sumar, conciliar y encontrar consensos. Su eficacia para ello ha sido extraordinaria. Ahora viene lo más difícil. Para hacer frente a los descomunales retos, necesita tomar decisiones audaces y a la vez previsoras que cambien el rumbo —auténticos golpes de timón— sin perder el amplio apoyo con el que cuenta. Su decisión de cerrar Guantánamo es un botón de muestra de los riesgos que debe afrontar y de cómo tendrá que superar las dificultades.

El cierre de Guantánamo (junto con las otras decisiones para evitar las detenciones ilegales y la tortura) es mucho más que cerrar una base militar. Es ir en contra del símbolo de la política de Bush. Pero es hacerlo en la situación más adversa, en medio de dos guerras y con el riesgo no resuelto del terrorismo. Un cambio de esa profundidad sólo es explicable ante el fracaso de la anterior política y por ser parte de un nuevo diseño que busca restablecer el estado de derecho sin exponer a Estados Unidos y la integridad de los internos.

Con esa acción, Obama utiliza su poder para recuperar la dirección política de la seguridad, someter esas decisiones al proceso legal y abrir una rendija a un nuevo arreglo en Medio Oriente. Sin descalificar a Bush, reconoce que eso fue inmoral e ilegal.

Sin mencionar a Israel, demuestra con el ejemplo que, sin limitarle su apoyo, no estará dispuesto a apoyar cualquier acción.

A los gobiernos árabes moderados les quita una presión, pues esos actos de tortura y desprecio a los acuerdos internacionales venían a fortalecer a los grupos más radicales dentro

de sus territorios.

A los duros, desde Hamas, Hezbolá, hasta Irán —a quienes les aclaró que hay límites— les muestra que está dispuesto a tomar decisiones audaces.

A los cubanos, les anticipa una posible reconsideración.

A los partidos democráticos de Europa y a las organizaciones de derechos humanos les habla a los oídos, cuando dice: “Nosotros no vamos a torturar”.

Una decisión de esa profundidad genera incertidumbre en los aparatos de inteligencia y en los sectores más conservadores. Por eso no es de extrañar que las primeras reacciones ya se hayan hecho sentir. Se filtró que uno de los presos de Guantánamo que fue liberado pasó a engrosar las filas de Al-Qaeda, en un nivel de mando y que probablemente llevó a cabo nuevas acciones terroristas. Por fortuna para Obama, la liberación la hizo Bush.

Obama ya tuvo la visión y la determinación para tomar una decisión de fondo en medio de dos guerras y la crisis, lo que prestigiará a Estados Unidos y aumentará sus márgenes de acción en su política exterior. Ahora le toca convencer a los duros de que ese cambio es benéfico y asegurarles que su implementación se hará sin que aumenten los riesgos para su país; dándoles garantías de que, con la nueva política, Estados Unidos defenderá mejor sus posiciones en el mundo. A su probada virtud (talento político) tendrá que sumar la fortuna.

*Miembro de la Dirección Política
del Frente Amplio Progresista*

